

EL DÍA MENOS PENSADO

(Congreso de Ilustración en el MUVIM, Valencia 2011)

INTRODUCCIÓN:

Hace poco me he dado cuenta de que me encantan las ciudades. Me gusta visitarlas y pasearlas. Me gusta imaginar como habrá sido la vida de sus gentes, ayer y hace cien años. Observo las casas y sus escaparates, las aceras y su mobiliario urbano. A veces, ojeando libros de fotografías me emociona descubrir edificios que ya no están, rincones que han desaparecido, personas que, probablemente, han muerto y me pregunto cómo sería su día a día, sus costumbres.

Como muchos sabéis, vivo en Oviedo. Es una ciudad pequeña, cada día más parecida a cualquier otro lugar. Antiguamente, los ovetenses utilizaban medios de transporte para recorrer distancias que, misteriosamente, hoy resultan muy cómodas de hacer a pie. Ahora desplazarse de un sitio a otro es sencillo. Cuando me dirijo a un lugar (a la oficina de correos, a la estación o al centro comercial), intento ir por caminos diferentes. Salgo de casa en una dirección, pero sin saber muy bien por qué, cambio de ruta a medio camino. A veces tardo más en llegar al lugar, otras llego inmediatamente. Voy en una dirección pero, repentinamente, decido tomar una desviación.... aunque sepa que me va a llevar más tiempo. Decido ir por la izquierda en vez de por la derecha, a través del descampado o cruzando el parque.... Como tengo buena orientación, no suelo perderme, ni en mi ciudad ni en otras ciudades. Finalmente, llego al sitio elegido aunque por una ruta impropia.

Cuando me preguntan acerca de la manera en que realizo mis ilustraciones, pienso que sigo la misma pauta que con mis paseos: sé a dónde tengo que ir, pero evito la línea recta, y si es posible, escojo una ruta impropia.

Me han pedido que os hable del método que empleo para hacer mis imágenes. Aunque creo que cada uno debería aventurarse en las calles de su propia ciudad, voy a llevaros por las mías durante un rato, pero ya os adelanto que intentaré hacer todo lo posible para que os acabéis perdiendo.

LA PROFESIÓN:

Si bien todo lo que hago parte primero de un dibujo, más tarde, cuando salen impresos, esos dibujos van a estar acompañados de palabras. Así que no tengo ninguna duda: soy un ilustrador. Cuando coincido con alguien que no pertenece a mi profesión y tengo que explicarle a lo que me dedico, no puedo evitar ver en sus ojos un brillo de sospecha o de compasión. O no sabe de qué le estoy hablando o, si tiene alguna idea, acaba pensando que es una actividad bastante

intrascendente... y es posible que esté en lo cierto. Esta sociedad persigue intereses muy diferentes. Los ilustradores hablamos entre nosotros, y para eso nos reunimos aquí, en sitios como este, intercambiamos nuestras experiencias: las injusticias que nos han sucedido, las malas interpretaciones que se han hecho de nuestro trabajo y las anécdotas con nuestros clientes. Nos reímos o nos enfadamos... Yo soy de los que se irritan y luego / se deprimen. Me convengo de que esta profesión está en un gueto y no va a salir nunca de él. Pero tampoco puedo dejar de recordar que es ese carácter minoritario el que, en su momento, dio sentido a mi elección. Me gustaba dibujar, pero no sabía que era eso de la ilustración. Un día vi un cartel, la portada de un libro, una caricatura que me hacía un compañero de clase, un tebeo o una tiza en un muro... y quise hacer lo mismo. No me importaba que fuese algo menor. Era humilde, no quería convencerme de nada, era diferente, me resultaba asombroso, estaba cargado de misterio y, a veces, me encontraba con alguien que compartía los mismos intereses. Suficiente para querer dedicar a esto el resto de mi vida.

Lo reconozco: me gusta dedicarme a algo pequeño. Es verdad que desearía que los trabajos que tanto admiro pudieran llegar a más gente. Sin embargo, yo me conformo con que las cosas que hago lleguen a los compañeros que admiro. Mi objetivo es hacer las cosas lo mejor posible y evitar cubrir de indignidad lo que tanto sentido me da.

¿qué es ilustrar?

En mi opinión, ilustrar un texto consiste en dar una respuesta a una pregunta. Esa pregunta no surge dentro de mí, llega de fuera. Como ilustrador me encuentro con el desafío de mostrar mi visión acerca de algo que, generalmente, se ha escrito sin contar conmigo. Aunque la mía, no es la única profesión creativa en la que ocurre esto. Pienso, por ejemplo, en los compositores de bandas sonoras para las películas. El director rueda una historia y cuenta con ellos para la música. Luego una vez finalizada la película, esas bandas sonoras pueden adquirirse como un producto independiente. Yo soy aficionado a escuchar estas músicas, aunque quizás se aprecien mejor muchas de sus virtudes cuando se escuchan dentro de la película. Pues bien, hace años pensaba que la música “surgía espontáneamente” en la cabeza del compositor cuando veía, por primera vez, la copia no sonora de la película. (...) Estoy seguro de que muchas personas tienen una idea parecida de mi trabajo: probablemente se imaginan que las imágenes aparecen en mi cabeza a medida que voy leyendo el texto. Quizás piensan que todos los detalles vienen implícitos en el relato, también el color, el ingenio y las formas y que tan sólo tengo que dejarme llevar”.

MÉTODO:

La manera que tengo de iniciar una ilustración es provocando un accidente. Algunos pintores, por ejemplo Joan Miró, confesaban que la tela en blanco les impedía saber cómo empezar,

con lo que necesitaban un hecho casual sobre el lienzo para comenzar a construir: una pequeña mancha, un pliegue en la tela o un trozo de papel pegado... era suficiente para empezar a pintar.

1.- Así mis imágenes se inician por un malentendido. El principio es un texto. Da igual cómo haya llegado a mis manos: a través de un encargo o porque, tratándose de un texto que ha llamado mi atención, he decidido ilustrar. Ya sea un artículo o un relato, suelo leerlo de un tirón, y casi siempre una sola una vez. Luego lo aparco a un lado y no vuelvo a él durante los próximos días. Sobre un cuaderno empiezo a arrojar algunas imágenes. Mi manera de trabajar tiene que ver con la memoria, y con su parte negativa, la desmemoria. Acudo a mi recuerdo. Intento extraer la impresión que me ha dejado el texto, busco alguna anécdota pero, sobre todo, el sentido de la historia. Voy pensando en el texto y los detalles se desvanecen, no me estorban. Si no me viene inmediatamente espero a que se vaya revelando poco a poco, a lo largo de los días. Si se sabe esperar llega por sí solo. Algunos pensarán que es una suerte disponer de tanto tiempo. Yo, sinceramente, creo que es una desgracia. A lo largo del año me veo obligado a renunciar a algunos encargos precisamente porque no disponen de ese tiempo que yo necesito. Sin embargo, para mí la lentitud es sinónimo de solidez.

Como dice Eckerman: "cada paso ha de ser una meta, sin dejar de ser un paso". Hace poco leí que desde que el ser humano ha empezado a enviar satélites alrededor de la Tierra, han caído alrededor de 17.000 cacharros desde el cielo, lo que da una media de uno cada diez días, e increíblemente ninguno ha caído sobre nosotros.

Alrededor de la Tierra, junto con la troposfera, estratosfera, mesosfera, termosfera y exosfera, también se encuentra la iconosfera, que como sabéis es la capa que cubre la Tierra y que aloja todas las ideas e imágenes pasadas, presentes y por hacer en el futuro. Las ideas van llegando poco a poco... llegan cuando se las invoca, ya están ahí, pero no tienen ninguna intención de acudir en nuestra ayuda. Como la fuerza que las atrae hacia nosotros no es la gravedad, tendrá que ser otra la que las atraiga. En mi caso, la voluntad y la tenacidad son las mayores energías que conozco para conseguirlo. Cuanto mayor sea mi insistencia, mayor será la pieza que caiga sobre mi cabeza. La única manera de hacer venir una idea es llamándola y para mí la única manera que conozco de que venga es dibujándola.

El proceso de invocación es realmente largo, y mi esperanza es que "el día menos pensado" se deje caer al menos una interesante.

2.- En mi cuaderno voy apuntado, de manera minuciosa, algunas ideas que llegan a mi mesa de trabajo. Generalmente, son pocas y muy pobres. Muchas veces recupero las de ayer y las comparo con las de hoy. Intento ver si lo que resulta puede servirme para algo. Las imágenes se van haciendo como mecanos. Es un proceso algo largo y tedioso porque las piezas no siempre encajan, así que hay que volver a insistir.

Me gusta estar en el estudio, no salir mucho y hacer vida tranquila. Confieso que dedico bastante tiempo al ocio. Leo libros por ocio, veo películas por ocio... me gusta dibujar por ocio. Ojeo revistas y periódicos en busca de fotografías de personas para dibujarlas sobre un papel de la manera más fiel posible. No me interesan mucho las sombras ni las texturas. Son dibujos que realizo a línea sin otra ambición que la de comprender la figura que tengo ante mí. Defino, por ejemplo, los pliegues de la ropa, cómo se entrelazan los dedos, la posición de las piernas. Intento entender cómo es la forma de los hombros de esta figura, o como será la anatomía de aquello que permanece oculto, la espalda, la nuca. Sólo realizando estos dibujos descubro la cantidad de convenciones que utilizamos los dibujantes... La línea cuando se cierra determina una forma. Una forma queda interrumpida en un punto para dar paso a otra distinta, y entendemos que una está por delante y otra por detrás, aunque en realidad, en un papel, no haya delante ni detrás. Son convenciones de dibujante. Si decidimos ignorarlas o manipularlas se producen errores en el dibujo: paradojas visuales. Algunos cineastas, especialmente al principio de la era, cuando este no tenía sonido, utilizaron conscientemente situaciones paradójicas, puramente visuales, para regalarnos gags muy divertidos. Algunos artistas emplearon estas contradicciones como especulación intelectual en sus cuadros, como puede ser el caso de los cubistas, los surrealistas etc. Los humoristas emplean las ambigüedades de las palabras, sus dobles sentidos, los deslizamientos en la narración, y provocan sorpresa e hilaridad. Podemos utilizar un sistema para interpretar el mundo visible, como puede ser el dibujo, pero cuando este decide volverse sobre sí mismo, para interpretarse y reivindicarse a sí mismo, se produce un bucle extraño, una paradoja.

En las imágenes que a mí me interesan, me obligo a buscar estas situaciones paradójicas, estos contrasentidos. Mis dibujos no desean ser metáfora de nada. Antes bien, es la propia paradoja la que se erige como metáfora.

3.-Tarde o temprano llega la prueba de fuego. Decido prescindir del recuerdo y acudo al texto original que, ahora sí, leo intensamente, una y otra vez hasta memorizarlo. Al poner el texto al lado de las imágenes que he hecho, soy el primer sorprendido cuando encuentro vínculos entre ambas. En otras ocasiones, resulta imposible, me he alejado tanto que parece la ilustración de cualquier otro texto menos del que tengo delante, y es preferible comenzar de nuevo. Las imágenes que no sirven y que he tenido que descartar, se van acumulando en mis cuadernos, como barcos encallados a la espera de ser rescatadas en un futuro por otro texto. Esta es una de las maneras que he encontrado para evitar que la imagen que voy a tener que hacer quede muy "pegada" al texto, cosa que me irrita bastante. Me gusta establecer distancias entre ambas, no tanto como para que el lector se caiga entre ellas, pero sí lo suficiente como para que pueda establecer algún puente.

Para mí la ilustración es un acto comunicativo. Si yo me considero el emisor, y el lector es el receptor, decido vincularme con él mediante una empatía engañosa, apelando a su ingenio. Aunque no pienso en un lector concreto, si es hombre o mujer, niño o adulto, siempre lo tengo en cuenta. Me imagino que es un amigo o, al menos, que tiene intereses parecidos a los míos. No escatimo ni en esfuerzo ni en tiempo.

Cada texto que ilustro me lo tomo como un acertijo, un problema que tiene una solución oculta. Imagino que el espectador, receptor de mi mensaje, apreciará el nivel de agudeza que he empleado para solucionar el problema. Cuanto mayor sea mi agudeza, mayor será su satisfacción intelectual. Para mí no hay nada más decepcionante que, intentando ser creativo, caer en la previsibilidad.

Pablo Amargo. Valencia, 3 de marzo de 2011.